

JOSÉ LUIS CORRAL

FULCANELLI

EL DUEÑO DEL SECRETO



Asegura la leyenda que, en el siglo XIII, un obispo de París ocultó en Notre-Dame la piedra filosofal. Desde entonces, París y su catedral han dado pie a una cantidad de especulaciones sobre la existencia de sociedades ocultas que guardan secretos sólo accesibles a unos pocos iniciados. Una de ellas estaría formada por un grupo de alquimistas ente los que se encuentra el enigmático Fulcanelli, un personaje sobre el que se ha escrito mucho, pero cuya identidad continúa siendo un misterio.

Los dos protagonistas de esta novela, David Carter y Michelle Henry, profesores de Historia del Arte, se verán envueltos en una trama que les llevará al corazón de los misterios que encierran las catedrales góticas, las sociedades herméticas, la alquimia y la piedra filosofal.

Fulcanelli, el seudónimo no identificado, es sin duda uno de los enigmas más atractivos y sugerentes jamás planteados. En esta ocasión José Luis Corral, destacado historiador y maestro de la novela histórica española, despliega aquí sus notables conocimientos sobre la época medieval, sus símbolos y sus secretos, así como un atractivo viaje por los barrios de París.

I Una cita con París

Capítulo 1

NUEVA YORK, 11 de septiembre de 2001

Hacía media hora que lo había despertado el sonido metálico y estridente de un estrambótico despertador cuya repetitiva alarma sonaba mediante el golpeteo pendular de dos bolitas de metal sobre dos campanillas semiesféricas. Sostenía una humeante taza de café con la mano derecha; le gustaba denso y fuerte, al estilo italiano, un *ristretto*, nada parecido a ese café aguachinado y largo americano, poco más que agua caliente insípida manchada de color marrón.

El verano estaba siendo largo y cálido; a mediados de junio se había divorciado y había tenido que dejar el piso que había compartido con su ya ex esposa en Jersey City. Había alquilado un apartamento en Nueva York, en Manhattan sur, en la otra orilla del río Hudson. La separación de Virginia, con quien había estado casado tres años, fue sencilla porque no tenían ni hijos ni ninguna propiedad en común, pero el divorcio alteró por completo la vida tranquila y reposada de que hasta entonces había disfrutado.

Al lado de su mesa de trabajo, frente a una de las dos amplias ventanas del salón, estaba colocada la impresora, en la que había dispuesto unos cuantos folios para sacar una copia del texto de la conferencia que debía impartir esa misma tarde en el seminario que, en sus cursos de verano, la Universidad de Columbia había organizado sobre «Matemáticas, geometría y perspectiva en la pintura del Renacimiento italiano». El profesor John Brannagh, director

del curso, le había encargado que hablara a los alumnos matriculados sobre el pintor italiano Jacobo de Barbari y su famoso cuadro *Retrato de un matemático*, que se conserva desde hace siglos en la Galería Nacional de Capodimonti, en Nápoles. En el cuadro, pintado hacia 1500, el geómetra franciscano Luca Paccioli, nacido en 1445 y fallecido en 1517, imparte una lección de geometría a un alumno. Paccioli, vestido con su humilde hábito gris y cubierto con la capucha, explica a su pupilo una figura plana con ayuda de una varita. Se trata de un diagrama del volumen XIII del libro de los *Elementos* de Euclides, el tratado más leído por todos los geómetras hasta el siglo XX.

En el cuadro aparecen dibujados dos poliedros. En el ángulo inferior derecho hay un dodecaedro, una figura regular de doce caras formadas por doce pentágonos regulares, de unos doce centímetros de altura, fabricado en un material que parece mármol blanco; este poliedro presenta en sus medidas el número «fi», es decir, la proporción numérica expresada por el número irracional 1,618..., en este caso derivado de tres medidas del dodecaedro: la arista, la diagonal de cara y la distancia entre aristas opuestas.

Suspendido en el aire, en el ángulo superior izquierda del cuadro, flota un poliedro de cristal, exactamente un rombicubooctaedro o, en otras palabras, una figura tridimensional de veintiséis caras, de las cuales dieciocho son cuadrados y ocho triángulos equiláteros. Este poliedro transparente contiene un líquido incoloro, tal vez agua, que ocupa la mitad de la capacidad total.

Durante varias semanas David Lewis Carter, profesor de Historia del Arte de la Universidad de Nueva Jersey, había estado dándole vueltas a ese cuadro, al extraño poliedro que parecía flotar y al dibujo a tiza de un triángulo inscrito en una circunferencia que aparece en una tablilla escolar. Había repasado una y otra vez el severo rostro del geómetra, lejano y frío, como ausente del cuadro, y el de su alumno, de quien algunos colegas habían asegurado que

se trataba del mismísimo Alberto Durero joven, por el evidente parecido con el autorretrato del famoso grabador alemán. Pero no, en 1500 Durero tenía veintinueve años, y el joven del cuadro parece de menor edad, entre veinte y veintidós años a lo sumo. De todas las posibles identificaciones atribuidas, Carter aceptó que el bello alumno debía de ser Guidubaldo de Montefeltro, quien fuera el discípulo preferido de Paccioli.

Había leído toda la obra de Euclides y el tratado de *De divina proportione*, editado en 1503 por Luca Paccioli e ilustrado por el gran Leonardo da Vinci, donde el franciscano defendía la aplicación de la geometría en la creación de obras de arte, justificando que la proporción y el equilibrio eran esenciales en cualquier obra que quisiera ser considerada como artística. Aquel libro de Paccioli se ajustaba estupendamente para explicar sus teorías sobre las técnicas de dibujo geométrico en la pintura de la Italia del siglo xv. Había acudido a algunos colegas del Departamento de Geometría de su universidad para pedirles opinión sobre el cuadro, pero nada había logrado averiguar más allá de lo obvio, o de lo que al menos lo parecía: una simple lección de geometría para explicar un teorema enunciado en el siglo III antes de Cristo por un maestro griego en una escuela de Alejandría e impartida de nuevo en el Renacimiento italiano, mil setecientos cincuenta años después. Pero ¿qué hacía allí ese poliedro flotando y medio lleno de agua?

Los folios acababan de salir de la impresora y cuando los cogió de la bandeja para ordenarlos todavía estaban calientes, casi tanto como su taza de café. El texto de la conferencia era brillante y estaba muy documentado, pero ese maldito poliedro de nombre enrevesado seguía ahí, suspendido en el aire como si levitara, y la lectura de toda la obra de Euclides no le había servido para nada. ¿Qué mensaje había querido transmitir Jacobo Barbari con el agua que contenía?

Se resignó. A falta de un buen final y de no poder aportar ninguna solución coherente al enigma, dejaría una pregunta en el aire, la misma que durante semanas se había hecho él: «¿Por qué está medio lleno de agua?». Sí, decidió que con esa pregunta acabaría su conferencia, estimando que de ese modo despertaría en los alumnos una cierta inquietud por averiguar más de lo que él había expuesto. Recordó que cuatro años atrás, en un congreso celebrado en Génova, uno de los ponentes había concluido su conferencia precisamente con una pregunta, provocando un extraordinario interés en el público asistente a aquella sesión.

Había planeado dedicar toda la mañana a repasar el texto y añadir algunas correcciones de última hora antes de salir a almorzar con uno de sus mejores amigos, un bróker de Wall Street con el que lo hacía dos o tres veces al mes en Ecco, un restaurante en Chamber Street donde servían unos magníficos platos típicos del norte de Italia; tenían mesa reservada para las trece horas. A David le encantaba cómo preparaban en Ecco unos insuperables *tagliatelle* con trufa blanca del Piamonte, que maridaban a la perfección con un elegante pero potente barolo tinto del 98, de la bodega Aldo Coterno, y su suavísimo tiramisú de postre, que gustaba de acompañar con un licor de almendras.

Antes de dar el último sorbo al café se acercó hasta la ventana y, apoyado en el alfiz, contempló el perfil majestuoso de Nueva York, el famoso *skyline* de la Gran Manzana, que aquella mañana resaltaba rotundo, como recortado sobre el azul luminoso de septiembre. La vista desde el piso 18 de su apartamento en Greenwich Street era extraordinaria; a través de Murray Street podía contemplar el curso del río Hudson y la orilla oeste de Manhattan, y al sur las gigantescas Torres Gemelas del World Trade Center.

Sonó el teléfono. David Carter descolgó y tras un escueto «dígame» reconoció de inmediato la voz de su colega el profesor Brannagh.

—Buenos días, John.

—Hola, David. ¿Recuerdas qué día es hoy?

—No lo he olvidado: martes, 11 de septiembre, a las 17 horas, en el seminario...

De pronto, se produjo una pausa.

—¡David, David! ¿Estás ahí? —preguntó Brannagh inquieto.

Durante unos largos segundos el profesor Carter no respondió; por fin, ante la insistencia de su colega, lo hizo un tanto alterado.

—Sí, sí, aquí sigo..., perdona, pero acabo de oír una tremenda explosión; ha ocurrido algo extraño en el World Trade Center, como a dos tercios de su altura. Sale mucho humo de una de las torres. ¡Por todos los demonios, está ardiendo, veo enormes llamaradas! —Carter comprobó su reloj digital; marcaba las 8.47 AM.

—¿Está ardiendo? ¿Estás seguro?

—Hace un momento estaba contemplando las torres desde mi ventana y todo parecía normal, pero se ha producido como una explosión, tal vez gas...

—No hay de qué preocuparse, esos edificios están preparados para cualquier cosa que pueda ocurrir.

—Es probable, pero sale mucho humo; la gente que se encuentre ahora allá arriba lo estará pasando mal.

—Bueno, te dejo. Ya he comprobado que no has olvidado la cita de esta tarde.

—La tenía en rojo en mi agenda. ¡Ah!, y gracias de nuevo por invitarme al curso.

—No, gracias a ti. Y espero que no sea importante ese incendio del World Trade Center.

David Lewis Carter, profesor de Historia del Arte, colgó el teléfono y se acercó hasta la ventana; eran las 8 horas y 49 minutos del martes 11 de septiembre del año 2001. De la torre norte del World Trade Center surgía una densa y oscura humareda, como si se tratara de una colosal antorcha que un gigante hubiera apagado mal. Intrigado, decidió encender el televisor; buscó con el mando a distancia

por todas las cadenas locales y en ninguna de ellas había ni imágenes ni noticias de aquel humo oscuro que escupía uno de los dos edificios más altos de Nueva York.

Fue un momento al baño, se dio una ducha rápida y se cepilló los dientes; cuando regresó al salón observó en la pantalla del televisor que una de las cadenas locales estaba emitiendo imágenes de la torre humeante. La voz en *off* de una aturdida presentadora comentaba, sobre las impactantes imágenes en directo del World Trade Center, que los datos de que se disponía eran escasos y confusos, pero que la policía y los bomberos de la ciudad creían que se trataba de un accidente provocado por una avioneta turística que se había estrellado entre los pisos 70 y 75, y que probablemente hubiera víctimas.

De pronto, una nueva explosión afectó a la otra torre, la sur; David volvió a mirar el reloj: las 9.03. David se alejó del televisor y se dirigió a la ventana. Una enorme bola de fuego ascendía de la torre sur mientras seguía humeando la norte.

—Esto no es ningún accidente —murmuró mientras acu-
día a por unos prismáticos que guardaba en un cajón.

Las dos colosales torres estaban ardiendo, y contempló horrorizado cómo desde las ventanas ubicadas por encima de los pisos donde se habían localizado los incendios decenas de personas se asomaban desesperadas agitando pañuelos y chaquetas, en un intento tan angustioso como vano por recibir ayuda. Un humo oscuro, denso y espeso empezaba a extenderse por todo el barrio sur de Manhattan.

«Dos aviones se han estrellado en el World Trade Center —oyó decir con voz nerviosa y asustada a la periodista—. Todavía no hay datos oficiales, pero es probable que se trate de un ataque criminal y terrorista a América.»

Quitó el sonido del televisor y conectó la radio. Habitualmente tenía programado el dial en el 88 de la FM, donde emitía su emisora local favorita, la WB40, especializada

en música clásica, pero en ese momento no sonaban ni Schumann ni Albinoni; un locutor muy afectado y con voz entrecortada informaba de que en la zona alta de los dos edificios había atrapadas cientos, tal vez miles de personas, y que decenas de bomberos y de policías estaban intentando rescatarlas.

En ese preciso instante, la torre sur, la segunda en ser atacada, se derrumbó plegándose sobre sí misma.

«¡Dios mío, Dios mío! Cae, cae, se hunde como un castillo de naipes, entre humo y polvo. ¡Cuánta gente, Dios mío, cuántos muertos! Es espantoso, terrible, terrible», exclamó el locutor.

La torre sur se precipitó sobre su base y tras la caída se alzó una gigantesca columna de humo, cenizas y polvo, originando una pastosa nube grisácea que cubrió todo Manhattan sur y el cauce del río, como una densa niebla de horror y muerte. Minutos después se derrumbó la torre norte de modo similar.

Para entonces, el profesor Carter ya había olvidado que esa tarde tenía que hablar a los alumnos de la Universidad de Columbia sobre Jacobo de Barbari.

Capítulo 2

NUEVA YORK, diciembre de 2006

—Me marchó de aquí; no soporto más a ese cretino. Un tipo que ha dicho que este país fue blanco de un ataque terrorista porque somos «el faro más brillante de la libertad y la oportunidad en el mundo» no merece presidir los Estados Unidos de América. Se ha creído que es un *cowboy* justiciero y está dispuesto a imponer su ley y su criterio, si es que le queda alguno, a tiros, a todo el mundo y en todo el mundo. Invadió Afganistán, luego Iraq, amenaza a Corea del Norte, a Siria y a Irán, se inculcan todos los derechos humanos conocidos en nuestra base militar en Guantánamo..., y además este horrendo café.

David Lewis Carter estaba acabando de almorzar en un pequeño restaurante en la calle Ciento trece, frente al parque Morningside, a cinco minutos de la Universidad de Columbia, con su amigo el profesor John Brannagh. Ya se habían cumplido cinco años del ataque terrorista a las torres gemelas del World Trade Center y poco más de tres años desde que George Walker Bush revalidara su mandato para la presidencia de Estados Unidos, al vencer al demócrata John Forbes Kerry por más de tres millones y medio de votos.

—Tal vez ahora lo haga bien; sólo le quedan dos años en la Casa Blanca y no puede optar a una tercera reelección... —aventuró Brannagh.

—¿Bien?, ¿bien ese matón texano? Míralo —Carter señaló una foto de Bush en la primera página del periódico que Brannagh había dejado sobre la mesa del restaurante —; ¿crees que tras esa cara puede esconderse un buen presidente? Es un completo ignorante; si ni siquiera sabía dónde estaba México.

—La gente de este país volvió a votarle, y lo hizo a pesar de las campañas contra él de parte de la prensa.

—Este país está en guerra y nunca se ha cambiado de presidente durante una guerra. Los países decentes esperan a que acabe y, entonces sí, entonces es cuando echan al que los ha llevado a la guerra, aunque sea justa y victoriosa, como hicieron los británicos con Churchill, pero nunca antes de que termine la contienda. Y además, ese incauto de Kerry... Creía que con plantear en su programa una rebaja en el precio de los medicamentos sería suficiente para tumbar a Bush y a todo su monumental aparato de propaganda, todas esas televisiones, periódicos y revistas tan conservadores y manipuladores que a su lado Nixon parecería un querubín. ¿Acaso nadie le dijo a ese iluso candidato demócrata que la mayoría de los pobres, que son casi cincuenta millones en este país, no vota? Y si lo hubieran hecho, sus votos tampoco hubieran ido a parar a Kerry; los pocos pobres que lo hacen, siempre votan al poder. Además, el candidato demócrata votó en el Senado a favor de la guerra de Iraq.

—Pero luego se excusó, alegando que lo hizo porque estaba convencido de que el presidente no se saltaría el consenso internacional.

—Lo que cuenta es que dio su voto a favor de una guerra injusta e ilegal, y para invadir un país que nada tenía que ver ni con los atentados del Martes Negro ni con el terrorismo de al-Qaeda.

»Aunque el verdadero culpable es Al Gore; si no hubiera tirado la toalla y no hubiera reconocido el triunfo de

George Bush en las elecciones presidenciales del 2000, ahora no ocurriría esto.

—Gore no tenía más remedio que aceptar la derrota; en caso contrario, quién sabe lo que hubiera ocurrido en este país. Y Kerry acabó criticando la guerra.

—Tenemos un presidente que no ganó aquellas elecciones del 2000 de forma limpia. Lo de Florida fue una estafa, un fraude escandaloso, y Gore contribuyó con su renuncia a que no se aclarara la verdad y a que se perpetrara un atentado contra la esencia de nuestra democracia. Y mira lo que ha venido después: la invasión de Afganistán, la guerra de Iraq, los problemas en Palestina...

»No, no puedo continuar aquí.

—Entonces, ¿eso quiere decir que al fin te han aceptado en París? —preguntó Brannagh.

—Sí, hace tres días recibí la notificación. El contrato es por tres cursos. Me haré cargo de la asignatura de Arte Medieval Europeo y de un seminario permanente sobre pintura gótica en el segundo cuatrimestre de este mismo curso.

—Bueno, eres uno de los mayores especialistas del mundo en esa materia, pero un americano enseñándoles a los franceses el arte que ellos crearon suena raro, muy raro. ¿No te parece?

—En Francia, aunque a veces lo disimulan muy bien, estiman mucho todo lo que llega de América. Sin duda les ha parecido exótico que un profesor californiano afincado en Nueva York desembarque en París, y tal vez mis críticas públicas a Bush hayan contribuido a que me acepten.

—Por cierto, y hablando de tus ataques al presidente en ese periódico en el que publicas tus críticas de arte, ya sabes que la CIA ha preguntado por ti en tu universidad. Parece que en la Casa Blanca ha molestado y mucho la contundencia de tus denuncias, pero sobre todo el tono que has utilizado en ellas. No es que te vayan a perseguir por ello, pero ten cuidado.

—Sí, me informó el decano de mi facultad y también el director del diario, ese viejo cabezota... Fue por aquel artículo sobre la destrucción de los museos y los yacimientos arqueológicos de Iraq.

—Ése fue el que colmó la paciencia de los asesores presidenciales; y creo que, en ese caso concreto, te pasaste un poco.

—No, en absoluto; sólo constaté una realidad. Los talibanes demolieron los budas de Bamiyán con dinamita y aquí se les llamó bárbaros, con razón, pero nuestros aviones han destruido decenas de restos artísticos y arqueológicos en Iraq y casi nadie ha dicho nada —asentó Carter.

—Bueno, lo denunciaste tú, y tu periódico lo publicó sin censurar una línea, imagino. Eso no hubiera sido posible en un país controlado por integristas islámicos. De haberlo hecho en un país gobernado por radicales islamistas, tú y tu director estaríais ahora en la cárcel, o muertos.

—Es posible, pero en cuestión de destrucción del patrimonio artístico nosotros estamos por delante, probablemente porque aquí, en América, somos más civilizados —ironizó Carter—. Los talibanes destruyen las obras de arte con dinamita ante los ojos de todo el mundo, y nosotros lo hacemos con láser y con explosivos de última generación. Ya ves la diferencia...

—¿No te irás a marchar por lo de la CIA? De momento sólo han preguntado por tus actividades políticas. Ya sabes que los «cerebros» de la Casa Blanca está obsesionados ahora con neutralizar cualquier cosa que suene a izquierdas.

—No, claro que no. Ya te dije que dos agentes se presentaron en la redacción y le soplaron al viejo cascarrabias que tal vez yo fuera un espía de al-Qaeda, uno de esos «durmientes» que «despiertan» al cabo de los años para perpetrar horribles atentados, y que mis artículos parecían justificar las acciones de los terroristas islamistas, pero a pe-

sar de eso no creo que esos «talentos» del espionaje hubieran llegado mucho más allá. No dan más de sí.

—¿Y qué hizo tu director?

—Sacó a relucir la Constitución, la libertad de prensa, los padres de nuestra nación y al mismísimo George Washington; se puso serio y digno, arqueó la ceja derecha y los echó de su despacho.

—Bien por el viejo. Lástima que en la universidad no hayan respondido así.

—Luego, cuando me lo contó, se reía como un niño. ¡Ah!, le hubiera dado un beso allí mismo. Estuvo magnífico.

David apuró su copa de vino, un excelente Château Margaux del 98.

—Buena elección —dijo Brannagh señalando la botella medio acabada.

—Francés, claro, uno de los mejores *crus* de Burdeos, la única manera de preparar dignamente el estómago para digerir este café.